

antiguo; pero fortalecido el ingenio español en mitad de las contradicciones, cobra en aquella lucha mayores bríos, y espera sólo que llegue día más bonancible para desplegar sus alas con mayor fuerza, recorriendo al par todas las esferas donde había ensayado ya sus conquistas.—El *Renacimiento* de las letras se había iniciado felizmente en la esfera de las ideas, produciendo abundantes frutos: restábale realizarse en el terreno de las formas, y esta nueva transformación estaba reservada á la dichosa edad de Isabel la Católica.

## CAPITULO XVIII.

### TENDENCIA GENERAL DE LAS LETRAS DURANTE EL REINADO DE LOS REYES CATÓLICOS.

Situación de Castilla en 1474.—Entrada triunfal de Isabel y Fernando en Toledo.—Carácter de este triunfo.—Política de los Reyes Católicos.—Su influencia en el desarrollo intelectual de España.—Educación literaria de Isabel:—de los Infantes y de los magnates.—Su carácter clásico.—Ilustres cultivadores de las letras griegas y latinas.—Antonio de Nebrija y Arias Barbosa.—Sus libros didácticos.—Sus discípulos.—Efectos inmediatos de su doctrina.—Traductores de obras clásicas.—Indole de las nuevas versiones.—Cultivadores de la antigüedad.—Lápidas, medallas y monumentos.—Desdeñan los doctos el habla y la literatura vulgar.—Consecuencias de estos hechos en las esferas del arte.—Nuevos sucesos que las determinan.—Aplicaciones de la brújula y la pólvora.—Descubrimientos de la imprenta y del Nuevo Mundo.—Establecimiento del Santo Oficio.—Expulsión de los judíos.—Influencia de todos estos acontecimientos en las regiones eruditas.—Sus efectos en las populares.—Consideraciones generales.

Llegamos felizmente al reinado de los Reyes Católicos, como llega el marino tras peligrosa borrasca á puerto de bonanza. Al fijar la vista en los dilatados horizontes, que merced á los nobles esfuerzos de Isabel y de Fernando, se abren donde quiera á Castilla, reposa el fatigado corazón, serénase la mente y mirando una tras otra realizadas las grandes ideas, que habían alentado al pueblo de los Alfonsos y de los Jaimes, se alza ante nosotros poderosa é ilustrada aquella monarquía, que vencedora

del Islam y temida de la Europa, llevaba más allá del Atlántico su religión y su imperio. Mas esta obra inmortal de los Reyes Católicos no podía ser realizada sin grandes sacrificios, ora la contemplemos bajo el aspecto de la moral y de la política, ora la consideremos bajo la relación de las letras y de las artes. La poquedad y vacilación de aquel príncipe, de quien dijeron con razón sus coetáneos que había tenido vacante *el oficio de rey*<sup>1</sup>, sobre dejar relajados todos los vínculos sociales, hicieron á Castilla el fatal legado de una guerra de sucesión, cuyo desenlace era por demás dudoso, patrocinadas las pretensiones de la Beltraneja por Alfonso V de Portugal, quien se entraba con poderoso ejército en los dominios castellanos. Ponia término á semejante lucha la batalla de Toro; y mientras aseguraba en las sienes de Isabel la corona de San Fernando, abriéndole camino para dar cima á las grandes empresas que meditaba, ofrecíase la solemnidad con que era celebrada aquella gran victoria, cual digna inauguración de tan feliz reinado.

Ningun hecho podía revelar, en efecto, con tanta fidelidad el carácter de la Era que empezaba para España, como la entrada triunfal de Isabel y de Fernando en la antigua ciudad de los concilios, «alcázar de Emperadores,» según la apellidaban los coetáneos.<sup>2</sup> Corría el año de 1476: agitada Toledo por la fausta nueva de la expulsión de los portugueses, preparábase á recibir con pompa inusitada al afortunado príncipe, que en los campos de Toro había lavado el afrentoso borron de Aljubarrota. Movida del amor que la inspiraba Isabel, precipitábase la muchedumbre en los llanos de Bisagra para saludar á los vencedores, mientras «dexado el luto de las vestiduras, de que el noble rey don Johan» é los del su regno se vistieran,» mostrábanse en público jurados y regidores cubiertos de vistosos y ricos brocados<sup>3</sup>. Era el postrer

<sup>1</sup> *Carta de Fernando del Pulgar al obispo de Coria, 1473 (Memorias de la Real Academia, t. VI, pág. 124).*

<sup>2</sup> *Id., id., id.*

<sup>3</sup> Debemos estas peregrinas noticias, no conocidas aun en la república literaria, al precioso códice de la Biblioteca del Escorial, marcado Y. III. 1, é intitulado: *Divina Retribución sobre la caída de España en tiempo del*

dia de enero: el cielo, cargado hasta entonces de negras nubes, aparecía limpio y transparente, brillando el sol «muy más alegre que antes»: podía decirse que se había comunicado á la naturaleza el júbilo de los toledanos<sup>1</sup>. Al acercarse á la ciudad, rodeados de capitanes y magnates, un solo grito advertía á los reyes cuán grande era el alborozo de la ciudad del Tajo. Junto á la ermita de San Eugenio, puesta á la entrada del arrabal, habíase colocado «para festivarlos», numerosa cohorte de tañedores, tromperos y juglares, entre quienes lucían también su habilidad y destreza hermosas *danzadoras*, ricamente ataviadas, y no menos vistosas cuadrillas de *cantaderas*, que al ver ya en su presencia á Isabel y Fernando, comenzaron á hacer su oficio, poblado el aire el concertado estruendo de instrumentos y de voces. Viejos, mujeres, mancebos y niños prurmpian, al terminarse cada una de las estrofas de aquel peregrino canto de victoria, en prolongadas aclamaciones, repitiendo el popular bordoncillo, con que había sido saludado el príncipe aragonés, al pisar por vez primera el suelo de Castilla:

Flores de Aragon  
dentro en Castilla son:  
¡pendon de Aragon!  
¡pendon de Aragon!<sup>2</sup>

noble Rey don Johan el primero, que fué restaurada por manos de los muy excelentes Reyes don Fernando y doña Isabel, sus bisnietos, nuestros señores, que Dios mantenga. Este libro, citado por Fernan Mexia en su *Noviluzario Vero* (lib. III, cap. 6), fué considerado por el erudito don Rafael Floranes como un tratado de teología (*Vida literaria del Canciller Ayala*, pág. 281); pero como indica su título, es una crónica que abraza desde la batalla de Aljubarrota hasta la de Toro, añadiendo el nacimiento del malogrado Príncipe don Juan. Fué escrito, como repetiremos adelante con mayor amplitud, por el *Bachiller Palma*, criado de los reyes.

<sup>1</sup> El MS. arriba descrito dice: «Era aquel día viernes en la tarde: fiçiera el día claro, el sol muy más alegre que antes é despues en aquella sazón non fiçiera. Mostró Dios é naturaleza el alegría, como sean cosa delectable el sol é la luz, é naturalmente con los nublados somos luego fechos tristes» (Cap. XV).

<sup>2</sup> Andreas Bernaldez (el Cura de los Palacios), *Crónica de los Reyes Católicos*, cap. VII.

Entraron los Reyes en esta forma por la puerta de Bisagra: cabalgaba don Fernando un brioso corcel; iba la reina en una gallarda y poderosa mula, suntuosamente enjaezada, cuyas bridadas llevaban dos pajes de la primera nobleza. Precedidos de maceros y seguidos de regidores y jurados, encaminábanse los Reyes á la Santa Iglesia Primada por la famosa plaza de Zocodover, la calle Real y las Cuatro Calles: el arzobispo, dignidades, canónigos y clerizontes, revestidos de pontifical y precedidos de la Cruz metropolitana, salían á recibirlos por la puerta del Perdon, «como eran tenidos de derecho.» «Eran (dice un testigo ocular) á la puerta de la dicha Santa Iglesia de amas las partes, en lo alto dos ángeles, é en lo más alto de en medio de la puerta una doncella ricamente vestida, con una corona de oro en la cabeza, á semejanza de la bendita Madre de Dios, Nuestra Señora. Desque llegaron el rrey é la rreyna, nuestros señores, á la puerta de la dicha Iglesia, los ángeles cantando decían: *Tua est potentia; tuum est regnum, Domine: tu es super omnes gentes: da pacem, Domine, in diebus nostris* <sup>1</sup>.»

Con tal solemnidad entraron Isabel y Fernando en la Iglesia Primada: conducidos al altar mayor por la clerecía, que al recorrer las naves del anchuroso templo, iba entonando el himno: *Benedictus qui venit in nomine Domini*, subieron con hondo recogimiento los gradas del presbiterio, y postrados ante el Altísimo, hicieron devota oracion, elevando al cielo fervorosas gracias por los triunfos que Dios les habia concedido. Al verlos levantarse con la serena tranquilidad del justo y con la no afectada majestad de los grandes príncipes, juzgó sin duda la innumerable muchedumbre que inundaba el templo toledano, ver en sus nobles semblantes todo un porvenir de gloria, colmándolos de bendiciones. Acompañados por la clerecía hasta las puertas de la Catedral, subían Isabel y Fernando, en medio de universales vitores, al régio Alcázar, donde tenían preparada sóbria y parca mesa, «porque ayunaban aquel dia.» Fué el siguiente de gran júbilo para la nobleza y de no pequeño consuelo para los

<sup>1</sup> *Divina Retribucion*, cap. XV cit.

pobres, huérfanos y viudas; pues que mientras ponían los caballeros toledanos en Zocodover el campo de sus bizzarrias y de su destreza, cosechaban los desvalidos la piedad de sus Reyes, recibiendo de sus generosas manos crecidas limosnas y donaciones <sup>1</sup>.

Pero si grato fué á la ciudad de Toledo el espectáculo que habia presenciado el 31 de enero, mayor debia ser dos dias adelante el público alborozo, como era tambien más nueva y peregrina la festividad en que iba á tomar parte. Viva en el pecho de los Reyes Católicos la afrenta de Aljubarrota, tenían resuelto ofrecer á Dios y depositar sobre la tumba de don Juan I los bélicos trofeos de Toro y de Zamora: inflamada su mente con el recuerdo de los celebrados triunfos de los Césares, deseaban dar extraordinaria magnificencia á tan desusada ceremonia.

Al sonar las nueve del dia 2 de febrero, precedidos de los próceres y ricos-homes de su córte, rodeados de los hidalgos, caballeros y oficiales de la ciudad, y saludados donde quiera por un pueblo leal, que llenaba calles, plazas, avenidas y balcones, salieron Isabel y Fernando del régio Alcázar, llevados del referido intento. Vestían ambos magníficos trajes: ostentaba, en especial la Reina, un suntuoso brial de brocado blanco, salpicado de castillos y leones de oro, y pendía de su cuello un rico aderezo de hermosas piedras balajes, brillando la del centro por su extremada magnitud, á que añadía no poca estima la creencia de haber pertenecido al rey Salomon, segun parecia revelar una leyenda en ella grabada <sup>2</sup>. Una corona de oro sembrada de piedras preciosas, ceñía su frente, cayendo sobre sus hombros vistoso manto de armiño, que recogían trás ella dos gallardos pajes, en cuyo pecho lucían las armas de Castilla. «Así vinieron» (afirma el escritor citado arriba) á la Santa Iglesia con grand triunfo é sonido de trompetas. Traían delante de sí las bande-

<sup>1</sup> Hernando del Pulgar, *Crón. de los Reyes Católicos*, II.ª Parte, capítulo LXV.

<sup>2</sup> En la *Divina Retribucion* leemos: «La rreyna, nuestra señora, traya un collar de piedras preciosas de balaxes; señaladamente uno que dis aver seydo del rrey Salomon en las letras que ay en él, non ay quien pueda apreciar su valor» (loco citato).

»ras reales é las de los grandes del rregno, con que venciera el  
 »rrey la batalla [de Toro], llevadas en alto: en pos yba el arnés  
 »del alférez del Adversario, que ovo cativado en la dicha bata-  
 »lla, en un trozo de lança; é aprés las banderas de dicho Adver-  
 »sario é de los suyos de Portogal, abatidas al suelo <sup>1</sup>.» En este  
 orden hicieron los Reyes su entrada triunfal en la Iglesia Prima-  
 da, donde exornados de ricas y anchurosas *cortinas de brocado*  
 habianse erigido á uno y otro extremo del altar dos cadalsos, en  
 que resplandecian los escudos reales. Ocupó don Fernando el de  
 la derecha, subió la reina al de la izquierda, y colocáronse en  
 ambos lados magnates y caballeros alrededor de las gradas,  
 acomodándose jurados y regidores á los piés del presbiterio.  
 Dicha la misa mayor con desacostumbrado aparato, á que siguió  
 breve y oportuno sermón, dirigíanse los Reyes con la misma  
 solemnidad á la capilla, donde descansaban sus progenitores,  
 deteniéndose ante el sepulcro de don Juan I, vencido en Alju-  
 barrota.

Hecha allí oracion y cantado un responso por la eterna paz  
 de su alma, ofrecíanle «el arnés de armas é las banderas del  
 »su Adversario de Portogal, que prendiera el rrey en la de To-  
 »ro, faciéndolas colgar en sómo de la sepultura del dicho don  
 »Johan, donde hoy están puestas. Assi (prosigue el narrador)  
 »fué vengada la desonrra é decaymiento, que el rrey don Johan  
 »rescibiera en la pelea de Aljubarrota, por los venturosos rrey é  
 »rreyna, nüestros señores <sup>2</sup>.»

No tan magnífico como el obtenido en Nápoles por Alfonso  
 el Magno <sup>3</sup> era pues el triunfo de los Reyes Católicos feliz y

<sup>1</sup> Debemos notar aquí que Antonio de Nebrija sólo dijo sobre este punto: «Captum est Lusitani vexillum, cuius erat insigne vultur, sed Petri Veraci et Petri Vaecae ignavia, quibus traditum est, ut asseveratur, ab hostibus postea est receptum» (*Decad. Prim.*, lib. V, cap. VII). Sin duda el Bachiller Palma no hablaba del penlon real propiamente dicho, sino de las banderas dadas por el rey de Portugal á las huestes, de que se componía su ejército. El Bachiller, que dá siempre título de *Adversario* á don Alfonso, escribe no obstante como testigo de vista.

<sup>2</sup> *Divina Retribucion*, cap. VII.

<sup>3</sup> Véase su descripción en el cap. XIII del anterior volumen.

cierto augurio del próspero reinado que empezaba, ya con re-  
 lacion á las esferas de la religion y de la política, ya de las ar-  
 tes y de las letras. Castilla, restaurada la honra nacional, veía  
 congregada en el templo alrededor de sus nuevos soberanos  
 aquella nobleza, avezada antes á la anarquía; y llena de espe-  
 ranzas, mientras elevaba á Dios en todas partes himnos de ar-  
 diente gratitud, se adhería irrevocablemente á Isabel y Fernan-  
 do, para dar cima, en nombre de la religion y de la patria, á la  
 obra acometida en Covadonga: los vencedores de Toro y de Za-  
 mora, trayendo á la memoria los celebrados triunfos de los hé-  
 roes romanos, sobre señalar claramente la meta á que dirigian  
 sus esfuerzos, haciendo ostentacion de su elevado espíritu, da-  
 ban á conocer desde luego, en la formal disposicion del triunfo  
 de Toledo, el influjo que estaba ejerciendo en los ánimos el es-  
 tudio ya deliberado de la antigüedad clásica; carácter principal  
 de las letras y aun de las artes españolas durante aquel glorio-  
 sísimo reinado.

La transformacion política y literaria que iba á dar por resul-  
 tado la constitucion de una sola monarquía, á que sirviera de  
 principal fundamento el imperio castellano, como iba á servir de  
 universal intérprete de los ingenios españoles la lengua del Rey  
 Sabio y de Juan de Mena, no era sin embargo obra tan fácil que  
 hubiese de llevarse á cabo sin costosos sacrificios. Isabel y Fer-  
 nando se veian forzados á luchar primero con adversarios do-  
 mésticos fuertes, consentidos y tenaces, para pelear despues  
 contra los enemigos de su Dios, derrocando en la Península Ibérica  
 el último baluarte del Islam, y levantar la gloria del nombre espa-  
 ñol sobre todos los pueblos de la tierra.—Unidas, con la muerte  
 del rey don Juan [1478] ambas coronas en sus sienes, érales por  
 demás urgente, apagadas las centellas de la anarquía que amena-  
 zó los primeros dias de su reinado, abrir las zanjás á las gran-  
 des reformas que el estado de la civilizacion en general exigian  
 y reclamaban imperiosamente aquellas infelices circunstancias.  
 Habia dotado á Isabel la Providencia de un corazon magnánimo y  
 generoso, que se inflamaba sin cesar á la idea de las grandes  
 empresas: poseía Fernando extremada energía; era constante en  
 la realizacion de sus proyectos, y habia heredado de sus padres

cierta sagacidad, que rayaba de continuo en astucia.

Amaestrados en la escuela de la experiencia, merced á los disturbios enriqueños, fuéles hacedero comprender las más apremiantes necesidades de la república. Yacía la administración civil en caos espantoso; carecía la hacienda de todo sistema; claudicaba de continuo la justicia; faltaba al Consejo real la independencia; despojado de todo influjo en los negocios públicos; y desautorizada, si no envilecida, la corona, imperaba sólo aquella inquieta nobleza, que había batido palmas en el cadalso de don Álvaro de Luna, justificando ante los muros de Ávila la estatua de Enrique IV. Organizar la casi desquiciada monarquía, sometiendo á la autoridad suprema del trono todos los poderes que habían existido antes en completo divorcio; libertar á la nación de toda suerte de tutelas y tiranías, impulsándola sin tregua en las vías de la ilustración y de la cultura; constituir un gran pueblo, fundando sobre anchas y seguras bases la unidad nacional, aspiración constante de cuantos grandes príncipes había logrado España..., tal fué el anhelo y bello ideal de los Reyes Católicos, á quienes iba á conceder el cielo la gloria de verlo realizado.

Á la creación de los Consejos supremos de Castilla y de Aragón, de Hacienda y de Estado, que sujetaban á pauta segura la administración civil y política, libertando las rentas públicas de la polilla de los almojarifes, recogedores y cobradores judíos, cuya codicia había dado origen á sangrientos disturbios y persecuciones<sup>1</sup>; á la institución de los tribunales de Justicia, entre los cuales tomaba plaza el Supremo del Santo Oficio, que ponía en manos de los reyes la jurisdicción y conocimiento de las causas de fé, antes exclusivamente sometidas al vario arbitrio de los obispos<sup>2</sup>; á la erección de la Santa Hermandad, terrible ariete ases-

1. Pueden consultar nuestros lectores el *Ensayo I* de nuestros *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España*, donde exponemos el doloroso y sangriento cuadro de las persecuciones que padecieron estos en la Península Ibérica, durante la edad media.

2. *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España*, Ensayo I, cap. IX. Tratada allí bajo todos conceptos la tan debatida cuestión del establecimiento del Santo Oficio, remitimos al expresado libro á nuestros lectores.

tado contra el anárquico poderío de los magnates y tiranuelos que infestaban á Castilla, é inexpugnable baluarte de la seguridad antes no gozada de los ciudadanos<sup>1</sup>,—siguió muy luego la noble empresa de Granada, pensamiento altamente popular y patriótico.

Aquella conquista, que hacía más grande y apetecible la fecundidad y riqueza del reino de los Beni-Nasares, atrayendo todas las fuerzas de Aragón y de Castilla y fijando irrevocablemente todos los deseos y esperanzas, iba á desenvolver con extraordinaria energía los nobles gérmenes del carácter nacional, favoreciendo por extremo los altos fines políticos, á que aspiraban los Reyes Católicos. Mas no era obra de un sólo día; y exigiendo así en los príncipes como en los magnates, en los prelados como en las villas y ciudades, verdadera perseverancia y acendrado esfuerzo, debía someter á la potestad real todos aquellos elementos, un tiempo desacordados y contrapuestos, robusteciéndola á tal punto, que no fueron ya de temer los desacatos de Olmedo, ni las humillaciones de Ávila.

Organizada pues la monarquía, sometida la nobleza á la autoridad del trono, restablecida en todas partes la paz y devueltas con ella la prosperidad y la abundancia á los pueblos<sup>2</sup>, no era

1. Clemencin, *Elogio de la Reina doña Isabel*, Ilustración IV, página 134 del tomo VI de las *Memorias de la Real Academia de la Historia*.

2. Es notable sobre este punto cuanto observa el diligente Lucio Maríneo Sículo, testigo ocular de los hechos. Trazado el vergonzoso cuadro que ofrecen los últimos días de Enrique IV (*De rebus memorabilibus Hispaniae*), exclama al volver la vista al reinado de Isabel: «Cesaron en todas partes los hurtos, sacrilegios, corrompimientos de vírgenes, opresiones, acometimientos, presiones, injurias, blasfemias, bandos, robos públicos y muchas muertes de hombres y todos otros géneros de maleficios, que sin rienda ni temor de justicia habían discurrido por España mucho tiempo... »Tanta era la autoridad de los Católicos Príncipes, tanto el temor de la justicia, que no solamente ninguno hacía fuerza á otro, mas aun no le osaba ofender con palabras deshonestas, porque la igualdad de la justicia, que los bienaventurados Príncipes hacían, era tal que los superiores obedecían á los mayores en todas las cosas lícitas é honestas á que están obligados; y asimismo era causa que todos los hombres de qualquier con-

dudable que Isabel y Fernando, recordando el alto ejemplo del Rey Sabio, cuyo inmortal código les servía de norte, fijasen sus miradas en la educación intelectual de sus próceres; empezando esta meritoria reforma por su propia casa, como lo había verificado Alfonso X <sup>1</sup>. Ni faltaban tampoco á la Reina Isabel inmediatos estímulos, trayendo á la memoria lo que respecto de este punto había sido la corte de su padre, así como no carecía Fernando de muy dignos modelos en el egregio conquistador de Nápoles y en sus ilustres predecesores. La conveniencia política, la tradición del trono aragonés y del trono castellano, el estado general de la ilustración..., todo solicitaba de los Reyes Católicos que pusieran mano, con aquella noble decisión que los caracteriza, en obra de tal importancia y transcendencia, favorecida por su especial educación y personales inclinaciones.

Ambos príncipes habían sido iniciados desde la primera juventud en el cultivo de las letras, siendo entrambos inclinados al estudio de la antigüedad clásica: discípulo don Fernando del celebrado Maestro Francisco Vidal de Noya, docto en el conocimiento de la lengua latina y competidor afortunado de los ingenios que como Valencia, Colomer, Llobet y Pau, habían iniciado en las regiones orientales de la Península el conocimiento de las formas clásicas, mostrábase inclinado á favorecer á cuantos se consagraban á tan eruditas vigiliadas <sup>2</sup>: dada Isabel por naturaleza

adición que fuesen, ahora nobles ó caballeros, ahora plebeyos ó labradores, ricos ó pobres, flacos ó fuertes, señores ó siervos, en lo que á la justicia tocaba, todos fuesen iguales». (Id., id., *Trad. Cast.*, lib. XIX). Puede verse también entre otros documentos, la *Letra XI* de Fernán Pérez de Pulgar *Á la Reyna*.

<sup>1</sup> Véanse en el tomo III los capítulos relativos á este insigne príncipe y más principalmente el XIII de la misma II.<sup>a</sup> Parte, t. IV.

<sup>2</sup> Téngase presente cuanto expusimos en el cap. XIII del anterior volumen. Escritores coetáneos de respetable autoridad suponen la educación del Rey don Fernando por extremo descuidada y muy distante de la esfera de las letras. Los que esto escriben, desconocieron la corte de don Juan II de Aragón, su padre, y no tuvieron noticia de sus maestros. Notable es que al traducir la *Historia del reinado de los Reyes Católicos*, donde el docto Prescott sigue este vulgar error, no ocurriera al distinguido académico que la puso en castellano, el rectificarlo. Don Fernando no solamente

á las artes de la paz, criada en el retiro, donde libre de los sinsabores y escándalos de la corte, había podido fortalecer su espíritu con la reflexiva lectura de los libros clásicos, traídos al habla castellana en tiempo de don Juan II, su padre, ambicionaba conocerlos en su propia lengua <sup>1</sup>.—La protección indirecta de Fernando y la más directa é inmediata de Isabel, conspirando á un solo fin, fructificaban en breve: anhelando la Reina ofrecerse, cual modelo, empezaba por traer á su lado á doña Beatriz Galindo, dama de ilustre alcurnia, á quien era familiar el idioma del Lacio <sup>2</sup>: venciendo las dificultades que á la sazón ofrecía la enseñanza del latín, lograba, en medio de los graves asuntos de la república, señorear su gramática, como lo había hecho con otros lenguajes <sup>3</sup>, y en breve tiempo podía gozar por sí en los originales las obras del siglo de Augusto.

siguió en su amor á las letras las huellas de su padre y de su tío don Alfonso V, sino que procuró, según veremos luego, que aun sus hijos bastardos los imitasen.

<sup>1</sup> Los testimonios que acreditan estas verdades son abundantes: para nuestro intento bastará recordar las ya tantas veces citada *Biblioteca de la Reina Católica*, cuyo catálogo insertó Clemencin en su *Elogio (Memorias de la Real Academia de la Historia, t. VI, págs. 435 y siguientes)*. En el primer inventario de la misma hallamos las obras de *Xenofonte* (número 116); *Plutarco* (117); *Cicerón (De Officiis, 118)*; *Livio (Historia romana, 120)*; *Virgilio (Eneida, 122)*; *Séneca (Epístolas, oficios y tragedias, 123, 124, 125 y 126)*; *Vegecio (De Re militari, 128 y 129)*: en el segundo encontramos las de *Terencio* (núm. 1); *Quinto Curcio* (núm. 2); *Plinio* (núm. 3); *Aristóteles* (núm. 15), etc. La mayor parte de estas obras están en sus nativas lenguas.

<sup>2</sup> Gonzalo Fernández de Oviedo, testigo ocular de cuanto á la corte de los Reyes Católicos se refiere, decía en sus *Oficios de la Casa Real*: «Casó la Reyna á Beatriz Galindo (que vino doncella á enseñar gramática á la Reina Católica y le enseñó las letras latinas, y le fué tan acepta como tengo dicho) con el secretario Francisco Ramírez de Madrid», etc. (Biblioteca Nacional, cód. T. 88). El mismo testimonio ofrecen casi todos los escritores coetáneos, mereciendo doña Beatriz por excelencia el título de *La Latina*, con que todavía se distingue en Madrid el *Hospital* que su piedad fundó en el último tercio de su vida (*Historia de la Villa y Corte de Madrid, I.<sup>a</sup> Parte, t. II*).

<sup>3</sup> Aunque muy conocido ya de los doctos, no es para olvidado el tes-

Dueña de estos tesoros, quiso también hacer partícipes de ellos á sus hijos; y para ahorrarles la fatiga, al lado de los más autorizados maestros españoles hacía venir los más celebrados de Italia, donde llegaban á su colmo las artes del Renacimiento. Los dos hermanos, Alejandro y Antonio Geraldino, señalados en la erudición clásica, recibían el honroso encargo de adoctrinar á la primogénita doña Isabel y á las demás infantas de Castilla <sup>1</sup>: don fray Diego Deza, catedrático de Salamanca, era designado para dirigir la educación del príncipe don Juan, meritoria empresa en que le ayudaban otros muy doctos varones. Así aleccionadas, alcanzaban las hijas de los Reyes Católicos, cultura muy superior á lo que pedía su sexo, llegando á excitar la admiración de los doctos <sup>2</sup>, mientras el príncipe don Juan, cuya memo-

tonio de Hernán Pérez del Pulgar respecto de este punto. Dirigiéndose á la Reina Católica en 1482, no empezada aun la guerra de Granada, después de darle cuenta de sus trabajos históricos, le decía: «Mucho deseo saber cómo vá á Vuestra Alteza con el latín que aprendeys: dígolo, señora, porque hay algún latín tan zahareño que no se dexa tomar de los que tienen muchos negocios; aunque yo confío tanto en el ingenio de V. A. que, si lo tomáis entre manos, por sobervio que sea lo amansareis, como habeis fecho otros lenguajes» (Letra XI, al final).

<sup>1</sup> Debemos estas noticias al docto Pedro Mártir de Angleria, á quien debió también la cultura de España en la edad que historiamos, señalados servicios, según notaremos en breve. Su *Opus Epistolarum*, colección preciosa de las cartas que dirige á prelados, magnates y literatos, así españoles como extranjeros, nos advierte de que no sólo tuvieron los Geraldinos á su cargo la educación de las infantas, sino que alcanzó la muerte á Antonio, cuando no había terminado la enseñanza de la primogénita doña Isabel, en 1488 (*Epistola LXXVI*).

<sup>2</sup> Aun pasado ya el primer efecto que hubo de producir entre los eruditos la erudición de las hijas de los Reyes Católicos, vemos á los hombres más doctos del siglo XVI recordar con placer sus ilustres nombres. El sapientísimo Luis Vives decía al propósito en su libro *De christiana foemina*: «Aetas nostra quator illas Isabellae reginae filias, quas paulo ante memoravi, eruditas vidit. Non sine laudibus et admiratione refertur mihi passim in hac terra (Flandria) Ioannam, Philippi conjugem, Caroli huius matrem, ex tempore latinis orationibus quae de more apud novos principes oppidatum habentur, latine respondisse. Idem de regina sua, Ioannae sorore britanni praedicant: idem omnes de duabus aliis, quae in Lusitania fato concessere».

ria recuerdan con lágrimas los historiadores españoles, «salía tan buen latino» que no se recataba de mantener correspondencia epistolar en dicha lengua con sus más afamados cultivadores <sup>1</sup>.

Trascendiendo de la real familia á la nobleza y á todas las clases ilustradas del Estado, generalizábanse con la prosperidad de los Reyes Católicos los efectos de aquel saludable impulso, pudiendo asegurarse que jamás había fructificado ejemplo alguno con mayores creces. «O ingenio del cielo, armado en la tierra!... (exclama al fijar sus miradas en Isabel un escritor coetáneo, en testimonio todavía desconocido). ¡O esfuerzo real asentado en flaqueza! ¡O corazón de varón, vestido de hembra, ejemplo de todas las reinas, de todas las mujeres dechado y de todos los hombres materia de letras!... La muy clara ninfa Carmenta letras latinas nos dió: perdidas en nuestra Castilla, esta Diana serena las anda buscando: si al su resplandor miramos todos, por ella non puede ser que non las fallemos, si las manda su Grandeza pregonar:—Quien sepa de las letras latinas que perdió Castilla, véngalo á desir á su dueño, é avrá buen hallazgo. Por cobdicia del premio más presente se fallarán que se perdieron: honor para las artes, é á todos enciende al estudio la gloria. Non vedes cuántos comiençan aprehender, admirando su realeza?... Lo que los reyes fassen bueno ó malo, todos ensayamos de lo facer: si es bueno, por aplaçer á nos mesmos: si es malo, por aplaçer á ellos. Jugaba el rey, éramos todos tahures: estudia la Reyna, somos agora estudiantes. É si vos me confesays lo cierto, su estudio es causa del vuestro; ó sea por agradarla, ó sea porque os agrada, ó

<sup>1</sup> Justifícalo repetidamente el ya citado Gonzalo Fernández de Oviedo en su libro de la *Cámara del príncipe don Juan*, y confírmalo en su *Traducción de la Bucólica de Virgilio*, que adelante mencionaremos, el celebrado Juan del Enzina: Marineo Sículo recogió entre sus *Epistolas* algunas del mismo príncipe, las cuales hacen más sensible su pérdida, tanto más dolorosa cuanto más temprana. Véase sobre el particular á Clemencin, *Elogio de la Reina Isabel*, pág. 398 del t. VI de las *Memorias de la Academia de la Historia*.

»por envidia de los que han comenzado á seguirla. Ello sea; é  
 »sea por lo que se sea: buena es la emulacion que suele agui-  
 »jar á los ingenios, que non les pase otro delante, como quando  
 »cauallos corren á la pareja»<sup>1</sup>. La emulacion cundia en efecto á  
 todas partes, cabiendo á la Reina Católica la gloria de regulari-  
 zar sus efectos, así como era suya la honra de la iniciativa.

Triunfante ya del imperio granadino, llamaba á su córte, para  
 dar cabo á la acometida empresa, á los muy celebrados huma-  
 nistas Pedro Mártir de Angleria y Lucio Marineo Siculo, traídos  
 años antes al suelo español por don Íñigo Lopez de Mendoza,  
 conde de Tendilla y el almirante de Castilla, don Fadrique Enri-  
 quez<sup>2</sup>. Primero en Valladolid y despues en Zaragoza establecia  
 Pedro Mártir escuela de letras humanas, logrando que la juven-  
 tud dorada de Castilla y de Aragon, siguiendo el noble ejemplo

<sup>1</sup> *Epístola exortatoria á las letras de Juan de Lucena*. Consérvase en la Biblioteca Colombina en un tomo MS., que lleva el título de *Tractatus Diversorum*. Dirigióla á Fernand Alvarez Zapata, notario régio secreto; y para dar idea de la afición y aun del excesivo entusiasmo producido por el ejemplo de doña Isabel, respecto del estudio de la lengua latina, recuerda el cuervo que saludó á César en dicho idioma, y añade: «Yo por cierto »crié un cuervo, que entre muchas latinas oraciones, que fablaui, sintiéndome entrar por casa, en altas voces decia: «Magister meus venit; ecce iam venit». Non lo dixera nadie más elegante... El que latin non sabe, »asno se debe llamar de dos piés». De la referida epístola existe asimismo copia en la Bibliot. Nac., cód. D. 61, fól. 171.

<sup>2</sup> Pedro Mártir vino á España en 1487, acompañando en efecto á don Íñigo Lopez de Mendoza, que tornaba de su embajada en Roma. Amante de las letras, cual su padre, el celebrado marqués de Santillana, invitó al renombrado milanés á que se presentase en la córte de los Reyes Católicos, seguro de que hallaria en ella digna acogida. Pedro Mártir militó en el ejército cristiano, durante la guerra de Granada, y en 1492, rendido aquel reino, se consagraba á la enseñanza de las letras clásicas en la forma que en el texto indicamos.—Desde 1484 habia pasado de Sicilia á la Península Ibérica Lucio Marineo, cediendo á las ilustradas instancias de don Fadrique Enriquez; y admitido entre los profesores de Salamanca, conforme en el texto consignamos, era en 1496 llamado á la córte, donde obtuvo plaza de número en la capilla Real, acompañando á don Fernando en su viaje á Nápoles en 1507. Alcanzó parte del reinado de Carlos V, y pasó de esta vida por los años de 1530. Pedro Mártir murió el de 1526, en Granada.

de sus padres, acudiera llena de entusiasmo á iniciarse en el conocimiento de los clásicos griegos y latinos. Lucio Marineo, acogido en la universidad salmantina, donde explica largos años retórica y poética, compartia con Pedro Mártir la honra y el trabajo de difundir entre los próceres españoles el gusto de la erudicion clásica; y si bien ambos extranjeros se muestran por demás pagados, y aun jactanciosos, del fruto producido por su enseñanza, no es posible negarles la participacion é influencia que tuvieron en la nueva transformacion de los estudios<sup>1</sup>. Discípulos de ambos eran don Alfonso de Aragon, hijo bastardo del rey don Fernando<sup>2</sup>, don Juan de Portugal, duque de Braganza y de Guimaraens, el jóven duque de Villahermosa, sobrino del rey, y con ellos los primogénitos de los condes de Cifuentes y Ureña y de los marqueses de Mondéjar y los Velez, don Álvaro de Silva, don Pedro Giron, don Íñigo de Mendoza y don Pedro Fajardo<sup>3</sup>. Fuéronlo tambien, ambicionando el galardón de la enseñanza pública, hecho altamente significativo y de no equívoca trascendencia, don Gutierre de Toledo, hijo del duque de Alba, don Pedro Fernandez de Velasco, nieto del buen conde de Haro, y don Alfonso Manrique, que lo era del famoso conde de Paredes, don Rodrigo. Salamanca y Alcalá prestaron

<sup>1</sup> Principalmente Pedro Mártir, llega á olvidar la participacion, que en este movimiento de los estudios lograron los doctos españoles que en breve mencionaremos. En la carta DCLXII de sus *Opus epistolarum* escribia en efecto estas notables palabras: «Suxerunt mea litteraria ubera Castellae principes fere omnes». El hecho es cierto; pero no fué Pedro Mártir el único ni el primer maestro de la juventud dorada de Castilla, durante el reinado de los Reyes Católicos.

<sup>2</sup> Dando á conocer el erudito Latasa á este ilustrado prócer y arzobispo, decia, reconocida su magnificencia: «Tuvo nobilísima casa de varones sábios de diversas facultades; grande número de caballeros y de otros criados, capilla de extremados músicos y copiosa cetreria y montería» (t. II, página 374). Don Alfonso fué uno de los primeros discípulos que tuvo en Zaragoza Pedro Mártir.

<sup>3</sup> Cita el mismo Pedro Mártir en una de sus más conocidas epístolas (la CXV) la mayor parte de estos magnates, y reproduce la cita oportunamente el entendido Clemencin (*Elogio de la Reina Isabel*, pág. 399), de quien la han tomado despues cuantos historiadores tocan este punto.